

VIAJE A LA ESENCIALIDAD: POESÍA ÚLTIMA DE RAFAEL ALCALÁ

Antonio Aguilar

Si Gómez de la Serna hubiera vivido en estos tiempos sería el rey del tuit. Sin duda alguna. ¿Existe hoy día alguien más dotado que don Ramón para formular un pensamiento agudo y humorístico en 140 (o 280) caracteres? Nos basta con recordar algunas de sus más citadas greguerías: “Como daba besos lentos duraban más sus amores”, o “Un tumulto es un bulto que les sale a las multitudes”.

Aunque la “mecánica” de la greguería haya sido condensada en una sencilla (y didáctica) fórmula matemática (Metáfora + Humor = Greguería), en realidad, Gómez de la Serna bebe también de la sentencia senequista y de la agudeza barroca de Gracián (e incluso del finísimo humor cervantino) para crear brevísimos textos de lucidez extrema y/o cercanos a las conquistas de las vanguardias históricas: “Al inventarse el cine las nubes paradas en las fotografías comenzaron a andar”.

La greguería, por tanto, al seguir la senda abierta por la literatura grecolatina, sumar el componente lúdico/satírico que recorre muchas de las creaciones de nuestros clásicos del siglo de oro, y añadir la heterodoxa manipulación del lenguaje de las primeras vanguardias, ha llegado a convertirse en una “tradición” de tan largo alcance que llega incluso hasta nuestros días.

Si nos ceñimos exclusivamente a la poesía malagueña contemporánea, los ejemplos se multiplican, Rafael Ballesteros recogía una tradición más directa y popular, la de las sentencias, máximas o aforismos (tan andaluzamente clásicas) en el poemario *Fernando de Rojas acostado sobre su propia mano*. Eso sí, de manera heterodoxa y dándole la vuelta al tópico: “Quien tiene un amigo lleva la gloria de la mano. El que sabe estar solo está sentado sobre ella”. Esta misma poética, aunque cruzada ya con el espíritu lúdico de las greguerías, tiene su correspondencia con parte de la obra de otro poeta malagueño de su misma generación, Rafael Pérez Estrada (fundamentalmente, sus conocidas “rafaelerías”): “Hay espejos tan tímidos que se rompen ante el esplendor de un desnudo perfecto”.

Una tradición aforística que seguirá presente en la obra de poetas más jóvenes, como el malogrado José Antonio Padilla (1975-2009), autor del poemario *Colección de olas*, un conjunto de aforismos (o greguerías o mínimos poemas, que de todo ello participa) que resultan deudores tanto de las vanguardias clásicas y las neovanguardias malagueñas, como del gusto por la sentencia de la Andalucía más honda (tan cercana al senequismo): “Vivimos en el extrarradio de nosotros mismos”.

Incluso la poesía más reciente gusta de incorporar dentro del poema versos que funcionan como una sentencia. Es el caso del joven Alejandro Simón Partal, cuya obra poética aparece salpicada de reflexiones cercanas al

aforismo y/o la greguería: “Vivir resbalando es una forma / de evitar la caída”.



Y es en este contexto donde se sitúa esta última, por el momento, entrega de Rafael Alcalá, *Por el quicio del viento*, un conjunto de reflexiones, greguerías, sentencias, o incluso microrrelatos, que, atravesadas por un personal sentido del humor, nos hace repensar los consabidos tópicos y/o lugares comunes: “No es el perro el mejor amigo del hombre, sino el fiel retrete”.

Si Rafael Alcalá había comenzado su trayectoria poética con una obra cercana a la irracionalidad, una corriente poética que Luis A. de Villena llamó “poesía órfica”, poco a poco su escritura ha ido decantándose por la vía “racional”, la poesía entendida como “comunicación”. Prueba de ello es el camino que va de aquel lejano poemario, *Stellaria* (1999), a *Variaciones (a cuatro tintas) para variar* (2004) o *Liquidación por cierre* (2005). Pero será en *Un tranvía llamado reverso* (2005), cuando, en un nuevo sesgo poético, Alcalá afronte otro difícil y arriesgado reto, el de la esencialidad.

Porque si aquel poemario de 2005 estaba dedicado al microrrelato (tan afín a los tiempos que corren) ahora, en este su último libro, el poeta va a enfrentarse a la reactualización de la más recurrente tradición española: la de la greguería. Sentencias, aforismos o brevísimas reflexiones, que como ráfagas de luz, iluminan por un instante nuestra conciencia, variando o enriqueciendo nuestra percepción del mundo.

A través de las setenta greguerías que componen esta entrega, el lector puede asomarse a las más variadas preocupaciones de la historia literaria, desde la denuncia política, “El nazi creyó en la victoria, y ella se arrancó la uve”, hasta el desnudamiento de nuestras más dolorosas debilidades: “Los pies no soportan el peso del humano, sino sus enormes vanidades”.

Rafael Alcalá sabe poner también sumo cuidado en la propia fábrica del texto. A veces utiliza voces ya casi perdidas para teñir de nostalgia un presente que se nos escapa, “Estalló la nave estelar *Enterprise*. Rio el niño y guardó canutos y almequinas”; en otras ocasiones la búsqueda de la esencialidad (y también su calculada ambigüedad) es tan encendida que la greguería se acerca audazmente al microrrelato: “*Nada que decirte*, le escribió a su esposa. La carta no llegó a su destino”.

De esta manera, el brote genuinamente poético, esa breve iluminación de los sentidos, atraviesa en muchas ocasiones unas greguerías de las que, parafraseando a Lope, podemos afirmar: “Esto es poesía, quien lo probó lo sabe”. Tal y como ocurre en quizás el más logrado de todos estos textos: “El alpinista consiguió su mejor corte de pelo. Un águila rozó su cabeza”

En fin, un libro este, *Por el quicio del viento*, que sigue ahondando en la nítida y personalísima evolución de la obra poética de Rafael Alcalá.

París, otoño de 2021